

# Cuatro poemas

José Agustín Goytisolo

A Jorge Lozano  
Secretario de Redacción  
Revista de Occidente  
Fortuny, 53  
28010 Madrid

28 marzo 1990

Apreciado amigo:

Quiero explicarle que yo he estado mal, enfermo, por la muerte de Carlos y de Jaime. Eramos amigos desde la adolescencia, nos hicimos escritores (antes lectores) cultivando esa amistad. Ellos, y Alfonso Costafreda, que murió antes, eran mis mejores amigos, además de grandes escritores. Todo esto me afectó mucho, y por consejo de mi médico salí de casa disparado, para no pensar: en una semana di cinco conferencias —dos en Santander, luego Gijón, Oviedo y Mieres—, regresé a casa justo para cambiar de maleta y prendas de abrigo y al día siguiente salí para Moscú, pues estaba invitado a los actos del centenario del nacimiento de Boris Pasternak. A los quince días regresé a Madrid, y en el mismo Barajas tomé el avión para Roma, y de allí a Turín, por el Homenaje a Antonio Machado. Al cabo de todo esto, y al volver, me encontré algo mejor, ya sin pesadillas y menos deprimido.

do. En los actos de homenaje a Carlos y Jaime, puedo hablar, y lo hago, pero no soy capaz de escribir una página sobre ellos, y menos los 10 folios que me pidió en su carta. Lo que sí puedo hacer es enviarle, y dedicarlos a ellos, unos poemas inéditos de mi próximo libro, que los dos conocían y me ayudaron a corregir y mejorar. Pertenecen al libro *La noche le es propicia*, que espero tener acabado en 1991. Es el mejor y más sentido homenaje que puedo dedicar a los que fueron mis compañeros y dos extraordinarios escritores. Le autorizo también, si quiere usted, a reproducir esta carta.

Muy cordialmente,

José A. Goytisolo

*Para Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma,  
y en su homenaje, estos cuatro poemas del libro  
inédito La noche le es propicia, que ellos co-  
nocieron y comentaron conmigo.*

### ESA FLOR INSTANTANEA

Miedo a perderse ambos  
vivir uno sin otro:  
miedo a estar alejados  
en el viento en la niebla  
en los pasos del día  
en la luz del relámpago  
en cualquier parte. Miedo  
que les hace abrazarse  
unirse en este aire  
que ahora juntos respiran.  
Y se buscan y buscan  
esa flor instantánea  
que cuando se consigue

se deshace en un soplo  
y hay que ir a encontrar otras  
en el jardín umbrío.  
Miedo; bendito miedo  
que propicia el deseo  
la agonía y el rapto  
de los que mueren juntos  
y resucitan luego.

(Enero 1989)

### EL AIRE HUELE A HUMO

¿Qué hará con la memoria  
de las noches más claras  
cuando todo termine?

¿Qué hacer si cae la sed  
sabiendo que está lejos  
la fuente en que bebía?

¿Qué hará de este deseo  
de terminar mil veces  
por volver a encontrarle?

¿Qué hacer cuando un mal aire  
de tristeza le envuelva  
igual que un maleficio?

¿Qué hará bajo el otoño  
si el aire huele a humo  
y a pólvora y a besos?

¿Qué hacer? ¿Qué hará? Preguntas  
a un azar que ya tiene  
las suertes repartidas.

(Enero 1989)

## EL REVUELO DE UNOS CABELLOS

Porque fue triste cuando joven  
—tenía miedo estaba solo—  
siempre pensó que alguna vez  
iba a volver la suavidad  
de una mirada de unos labios  
sobre su piel desheredada.  
Pero los días ensucian  
sus esperanzas sus zapatos  
con el polvo del abandono  
que hallaba en todos los caminos.  
Hoy el desorden de las sábanas  
y el revuelo de unos cabellos  
le devuelven a la alegría  
de una infancia entre los olores  
de un jardín que nunca olvidó  
desde el que oía raudos trenes  
que escapaban hacia la noche.  
Y ahora descubre que este roce  
de unos labios sobre sus labios  
es la enmienda que le atribuye  
algún dios o tal vez la suerte  
por tantos años desabridos  
sin escuchar aquellos trenes  
ni renacer entre la sombra.

(Marzo 1989)

## LA NOCHE LE ES PROPICIA

Todo fue muy sencillo:  
ocurrió que las manos  
que ella amaba  
tomaron por sorpresa  
su piel y sus cabellos;  
que la lengua

descubrió su deleite.  
¡Ah detener el tiempo!

Aunque la historia  
tan sólo ha comenzado  
y sepa que la noche  
le es propicia

teme que con el alba  
continúe con sed  
igual que siempre.

Ahora el amor la invade  
una vez más. ¡Oh tú  
que estás bebiendo!

Apiádate de ella  
su garganta está seca  
ni hablar puede.

Pero escucha su herido  
respirar; la agonía  
de un éxtasis

y el ruego: no te vayas  
no no te vayas. ¡Quiero  
beber yo!

(Abril 1989)

J. A. G.

